

GASTON GORI

BAJO

NARANJO



A 5235



4-11239

A 5235

BUENOS AIRES
MCMXL



A.5235

GASTON GORI

Letra MFN 2540

BAJO EL NARANJO

FE DE ERRATAS

Pág. 22 donde dice: hay algo de salvaje
debe decir: hay algo salvaje

Pág. 43 donde dice: lastimando
debe decir: lastimado.

Del mismo autor:
Anciole France — Editor: Porter Hnos.
1940

BUENOS AIRES

M C M X L

Es propiedad del autor.

María Emilia:

Este libro es fruto, más de tu
constancia, que de mi voluntad,
sea pues, para tí.

ROMANCE DE LA NIÑA

Para Julio Martínez.

I

DICE riendo el romance,
que era risueña la niña;
de amor los mozos la hablaban,
y ella gozosa reía...
¿Qué eran sus ojos estrellas?
¿Su boca flor encendida?...
¿Qué de cosas a la bella
los mozos la decían!...

Diz que un gentil caballero,
que soñaba hermosa vida,
entendió, al ver la moza,

que estaba su alma vacía;
y ni armado de cautela,
por saberla muy esquiva,
pudo ocultarle su amor:
porque hablaron sus mejillas
encarnadas, encendidas...

Junto al arroyo del pueblo,
que vierte melancolías,
otro de tantos, amándola,
por evocarla sufría...
Y ella gozosa reía...

II

Rondó por el cielo la luna,
pasaron noches y días;
hasta algunos olvidaron,
—¿es que ya no la seguían?—
que se encontraban desiertos
los balcones de la niña.
—Tiene amor la mozueta,
murmuraban las vecinas.
Está en silencio la casa
no estando su alma tranquila...

A la noche perfumaban
jazmines, rosas y lilas
y sonaban las guitarras
de la fiesta en la alquería.
Mozos y mozas bailaban,
mozas y mozos reían...

¡No era amor de castañuelas
el que en su seno se hundía!...

De endurecido pecho
hermosa frase aprendida,
y amorosos los abrazos
encendieron sus pupilas...

Noche tibia que aromaban
jazmines, rosas y lilas,
fué la noche en que perdiera
la doncella su sonrisa...

Murallones de la casa,
ocultaron sus caricias...
¡Valeroso era el mancebo
y eran sus ansias fingidas!...

Dice llorando el romance:
Está su boca marchita.
Algunos mozos se alegran,
y murmuran las vecinas...

¡Ay, quién pudiera volverle
a la niña su alegría!...

CANTO A LA NIÑEZ (1)

I

LA ORACIÓN:

DUERME apaciblemente!...
Duerme niño en tu cuna,
que el rezo de la madre se durmió
en la boca, y asoma ya la luna!...

Duerme apaciblemente
el sueño de tu cándida inocencia,
que las sombras guardaron tus juguetes
y brillan en el cielo las estrellas!...

(1) Obtuvo el Primer Premio en los Juegos Florales realizados en Venado Tuerto el 11 de noviembre de 1939.

Duerme apaciblemente,
 en tu mundo poblado de muñecos,
 que duermen los cabritos del pesebre
 y en el nido callaron los polluelos!...

Duerme apaciblemente,
 en tu lecho de plumas y de raso,
 que en la caja de plomo, guarnecidos,
 se duermen silenciosos los soldados!...

Duerme apaciblemente,
 el cielo está tranquilo,
 y en sueño perfumado se durmieron
 los jazmines, las rosas y los lirios!...

¡Ah! que bajen a la tierra
 las hadas y los silfos,
 que junto a sus juguetes,
 el niño está sonriéndose dormido!...

II

LA FLOR:

Todo en ti es inocencia
 y es dulzura y pureza,
 hasta tu nombre es dulce, dulce niño...

Porque vierta alegría,
 como ágiles cascadas de los ríos,
 fué llenada tu boca con sonrisas
 con besos y bullicios...

Con pétalos de sangre,
 como rosas que halláranse dormidas,
 marcaron en tu rostro las mejillas.

Canta en tu boca el límpido cristal
 sonoro de la risa:
 ¡con trino derramado en la floresta
 hicieron tu alegría!...

Si lágrimas, cual gotas de rocío,
 humedecen, con sales tus pupilas,
 del brillo de tus ojos
 brota un sagrado instante de la vida:
 al futuro esplendor de tu existencia,
 maduran el dolor y la sonrisa.

III

LA ESPERANZA:

Rueda el sol de la tarde,
 y desgranado, el oro de su luz
 en los jardines cae y en los parques.
 ¡Los gritos infantiles
 se esparcen como arena de los mares!...

Es Jauja de tus sueños;
 allí tu mundo está.
 ¡Que giren las hamacas,
 levanten las palomas raudo vuelo,
 que al cielo han de llegar!...

El polvo, el aire y sol,
 en torbellinos de risas y juegos,
 dan a tu cuerpo el vigor
 victorioso de los ímpetus nuevos.

Polvo de tierra que espera tu esfuerzo,
 tu lágrima, tu sangre, tu sudor;
 aire que lleva en sus alas ensueños
 de trabajo y amor;

Sol que fecunda los fértiles campos,
 mientras guarda el destino,
 encerrado en tus manos,
 gloria futura de luz y valor...

¡Ah! corre por los parques,
 y ríe en los senderos!...

Por los duros caminos de la vida,
 ya marchan caravanas
 laboriosas, gastadas o sufridas...

Cuando cesan sus luchas agotados,
 obreros de la pluma y los del bronce,
 en ti renacen, viven y florecen
 ensueños y esperanzas de los hombres;

Y bajan a sus tumbas
 por ti, generaciones esforzadas:
 en las noches brillantes de sus sueños,
 los profetas preparan tu alborada...

.....

¡Ah, corre por los parques,
 y ríe en los senderos
 donde el sol generoso se derrama!...

IV

LA TRAGEDIA:

He aquí que en tu mundo tan risueño,
 irrumpieron tropeles
 de bárbaros jinetes.
 Ríos de sangre y fuego,
 desolación y muerte.

Esfuerzo humano de siglos y siglos
 clama, niño, en tu nombre:
 Que la herencia de un mundo derrumbado
 en llamas y despojos,

hará en tu alma profundas las heridas,
 tendrás mustio el rostro...
 ¡Que no brotan ni cantos, ni sonrisas
 ni flores donde ardieron los escombros!...

¡En qué instantes de horrores y de lágrimas
 cantamos tu inocencia, tierno niño;
 cuando roncós rugidos de cañones
 empujan a los hombres al abismo,
 cuando pechos sangrantes de las madres
 sollozan tu destino!...

¡Detente humanidad descabellada,
 que junto a los caminos,
 de Dios desamparados,
 hasta caen los cuerpos de los niños!...

¡Detente humanidad desenfrenada,
 ya bastante han sufrido,
 que no caigan las culpas de los hombres
 sobre los blancos lirios!...

¡Detente humanidad,
 no es éste tu destino!...

.....

¡Que la rosa de aurora refulgente
resplandezca en la paz del infinito.
y que unan a los hombres y a las madres
los besos de los hijos!...

DESENCANTO

I

Volví un día
con muchos años
y más recuerdos
por el camino largo
que va a mi pueblo.

¡Mi espalda encorvada,
enjuto mi cuerpo,
arrugada la piel,
duro los miembros!...

¡Nunca me he visto
tan cansado y tan viejo!...

A pasos lentos,
seguía la huella
del camino polvoriento...

Detuve un instante
mis pies cansados
en mitad de la senda
que mudó el tiempo.
¿Qué busco, me dije,
en mi afán de regreso?...

¿Acaso el anhelo
que falta a mi vida
para seguir viviendo?...

¿Acaso un amigo,
acaso la novia
que dejé sonriendo?...

¿Acaso el rincón triste
de mi pueblo
donde mis padres
nacieron?...

¿Acaso la sombra
del duraznero
donde jugaban
mis compañeros?...

Nublados mis ojos
temblándome el pecho,
¿qué busco, dije,
si nada quiero!...

II

Volví la espalda
a las torres altas
de mi pueblo,
y lentamente
seguí el camino
polvoriento...



LA AUSENCIA

LA casa está vieja,
en mi larga ausencia,
crecieron los pastos
cubriendo la huerta.

Caprichosas ramas
se inclinan a tierra;
hay algo de salvaje
en plantas y hierbas...

Mas, aunque me duela,
por nada quisiera
que mis manos limpien
las malezas...

Dejo que se cubra
de pastos la huerta,
que lleguen los yuyos
a la puerta...

En mi larga ausencia,
nadie me recuerda...
Ese pensamiento
aun me consuela...

REBELDÍA

ESTÚPIDOS señorones
que pasean,
ríen y dan voces
de pedante suficiencia:

Que dan monedas
a los filósofos
de tabernas:

Y van a la iglesia
para ser vistos
por Su Excelencia;

¡Cuidad!... El trono vuestro,
es el cuello y la pechera,
la estúpida arrogancia
y las monedas...

LO QUE TENGO

TRISTEZA que el día tiene
en sus horas que pasan
y lentamente mueren;

Tristeza del ambiente,
cuando nubes cargadas
vierten sobre la tierra
monotonía de lluvia,
evocación de leyendas...

Tristeza que un árbol tieso
guarda en su copa verde
empapada de silencio;

Son lejanos desvelos;
y tristeza del mundo
lo que tengo en mi pecho!...

INVIERNO

CAMINABA por las calles
de mi pueblo.

Era una triste mañana
del invierno.

Ansiaban algo del cielo
los gajos erguidos, secos...
En el suelo, la escarcha
era una alfombra blanca.

En las cornizas de techos,
innumerables gorriones
fríos, muertos...

Chirriaron los goznes
de un portón abierto,
que cerraban las manos
de un hombre viejo...

En el frío silencio
fué un sonido de muerto,
de algo que se clausura
por largo tiempo...

.....
Era una triste mañana
del invierno;
iba errando por las calles
de mi pueblo

Fría, como mi alma,
en el suelo la escarcha
era una alfombra blanca...

SOLEDAD

ACÉRCATE, hermano,
y bebe en mi vaso.

Está honda en tu pecho
la grávida pena.

Tus pálidas manos
derraman la arena
de todos tus años...

Tus ojos profundos
se endulzan de llanto...

¡Qué turbias las noches
de los desengaños!...
Acércate... hermano,
y bebe en mi vaso...

LA HENDIJA

EL viento silva en la hendidja
de mi puerta...

Es como la boca fría
de una herida eterna,
que abriera el tiempo
con paciente lezna...

Y sus labios finos,
de madera,
tienen de sonrisa
y también de queja.

Por ella se filtran
vendavales y tierra,

y los rayos plateados
de las estrellas...

Y, quizá algún día,
cuando yo muera,
si está cerrada mi puerta,
por ella me miren
con indiferencia...

EL REGRESO

BAJO el pino enhiesto
del sendero,
do escuchaste mi queja
y mi secreto,
volví una tarde
abrumado por recuerdos.

Las sombras frescas
de los gajos viejos
como antaño cobijaron
mi cuerpo.

Ni los pastos verdes
al sendero
lo han cubierto...

Sólo yo he cambiado:
mi pelo es cano,
enjuto mi pecho,
¡amargos mis recuerdos!...

LOS ANCIANOS

LA tarde va cayendo
en el campo,
y la envuelve el silencio
vesperal.

Templanza en lo infinito
del cielo sonrosado;
y calma bonancible,
dulce paz...

Se acercan muy despacio
dos ancianos,
que vistieron sus cuerpos
con harapos.

Uno de ellos tiene barba
y pelo blanco,
del sombrero,
surgiendo por debajo.

Cual sarmientos
son rugosas sus manos;
y cansinos sus ojos
visionarios...

Su cuerpo está vencido
por los años.

Su pluma enardecida
en luchas sin descanso,
y su verbo,
los hombres escucharon.

La pasión de los pueblos
lo premió con su aplauso...

Sostiene al compañero
un cayado.

Fué curtido su rostro
por los rayos
que a cinco continentes
alumbraron...

Y conoce la angustia
del trabajo,
que hiciera miserable
su pasado.

Sus dedos doloridos
por los callos,
a las pías limosnas
se cerraron...

.....

La tarde ya ha caído
en el campo;
y es calmo y bonancible
el descanso...

Se alejan lentamente
los ancianos:
uno y otro sus recuerdos
van rumiando...

VERANO

Los campos, resecos;
la tierra es ardiente,
los rayos reflejan
en huellas que extienden
líneas polvorientas...

Se abren las grietas
por falta de agua
en sus bocas secas...

Las vacas se mueven
somnolientas,
y buscan la sombra
de las ramas frescas...

Los pastos se queman,
y muere la fibra
hundida en la tierra.

Las aves no cantan,
las ramas se aquietan,
y velan el sueño
de la siesta...

MAÑANA DE CAMPO

LA brisa mañanera
de los campos,
mece blandamente
el pastizal.

Y trina la calandria
en el árbol
hinchando su plumaje
al coquetear;

Picando alborosadas
tierno pasto,
se alejan las gallinas,
del corral...

Arrulla enamorada
de una rama en lo alto,
dulcemente
una torcaz...

De la fuente limpia
y clara se escucharon
monótonos sonidos
del agua al borbotear;

Y mansas las corrientes
los cauces engrosaron
diminutos arroyos
del lugar.

Alegría de niños
el campo ha rebosado,
brillante su rocío
matinal...

En las horas frescas,
despierta su alboroso
cristalino canto
de zorzal...

Mañanas primorosas
de los campos
fecundos de mi patria,
donde rompen las rejas
del arado
su seno maternal...

¡Y arrojan las semillas
los hombres esforzados
que sueñan la futura
libertad!...

Mañanas luminosas
de los prados,
do pastan animales
por millar...

Riqueza de la tierra,
esperanza americana,
y fruto del trabajo
colonial.

La brisa mañanera
mece blandamente
el pastizal;

Y se escucha a lo lejos
el ruido de los carros
que llevan a los pueblos,
harina para el pan...

EL CAMINO

CAMINO triste, seco,
se extiende al infinito
polvoroso.

Y reverbera el sol,
ardiente lumbre de oro.
Se levanta una nube
calcinante de polvo...

Monotonía... y marcha
sin placer ni propósito,
profundo aburrimiento
de ausencia y de retorno...

Soporífica hora
de la tarde infecunda...
Se prolonga el fastidio
entre sol y llanura...

DEL RETORNO

CAMINANDO vamos, niña,
por el sendero olvidado...
La luz de luna en tu pecho
se derrama como nardos.

¿Recuerdas horas pasadas
en tu silencio obstinado...?

La duda, que en otros días
tornaba fuego tus labios,
se ha hecho trozos de hielo
en tu boca y en tus manos...

¿Tú no sientes que retorna
mi corazón lastimando...?

Y mientras vamos, mi vida,
por el sendero olvidado:
¿tú no sientes cómo viven
todos los sueños de antaño...?

Oh! dime, ¿cómo pudieron
tornarse hielo tus manos...!

ROMANCE DE JULITA

Para J. A. Vegini

I

POR el camino estrellado
de luminosas luciérnagas,
iba llorando su amor
la Julita Pedernera:

¡Ah, cómo era de mentida
su palabra dulce y tierna!
Cómo robó de mi boca
miel, dejándome tristeza.

¡Y qué haré con mi cariño
que no lo olvido aunque quiera!...
¡Ay, cómo son de perversos
los varones de esta tierra!

Abrazos le dí y besos,
¡qué sé yo cuánto le diera!
Si hasta de tanto abrazarlo
ya le he perdido vergüenza...

¡Y qué haré con mi cariño
que no lo olvido aunque quiera!...

II

Dice gozoso el romance:
será en el pueblo la fiesta,
y parece que se casa...
¡la Julita Pedernera!

Llorando y llorando siempre,
¡que no lo olvido, aunque quiera!...
se paseaba por las tardes
de la casa en la vereda.

Vacilante, enrojecido,
tímido mozo se acerca,
y le dice unas palabras
que le endulzan las orejas...

¡Cómo se puso de alegre,
escuchando sus ternezas!...
¡Cómo volvieron colores
a sus mejillas enfermas!

Muy contenta, muy risueña,
ya parece que se casa,
la Julita Pedernera...

EL QUINTERO

VENID todas las niñas
y comeos las frutas,
en el árbol de fresas
ya se encuentran maduras!...

Que a vosotras las niñas
de los labios de púrpura,
os las brinda el anciano
de las barbas hirsutas...

Las lágrimas le ruedan
y es honda su ternura,
cuando las niñas bellas
le desgajan las frutas...

Ya por una sonrisa,
ya por una diablura,
al antiguo quintero
los ojos se le nublan...

¿Es que piensa en la niña
que no duerme en su cuna,
y que ya hace dos años
no le roba sus frutas?...

EN LA ALCOBA

NEGRO silencio
en la hora...
Sombras meditan
en la alcoba...

Niño que gime
y no llora...

Ojos que velan
en la sombra.
Lágrimas ruedan,
suspiros se ahogan...

Hay una dura,
hay una honda
tragedia
en la alcoba...

ANDAR Y ANDAR...

*Para Enrique Roulet, el amigo
de siempre.*

EN noches como ésta,
paseé mi indiferencia
por todos los caminos
de la tierra...

He bebido vino
en palacio o taberna,
y nutrido mi cuerpo
con ricos manjares
o rodajas secas.

He visto apiñada
multitud afanosa
en ciudades nuevas,
y gente rutinaria
en campiñas viejas...

¡Nunca el cementerio
ni tampoco la iglesia
faltaron en ellas!...

Hombres que trabajan,
ríen, vociferan,
mujeres que guardan
sus tristezas...

Caravana infinita
que sobre la tierra,
inició su marcha
y sin cesar, rueda...

Es la marcha lenta
que ha siglos y siglos
concluye en la huesa...

Buscando, sin prisa,
la senda segura
de mi paz eterna,
en noches como ésta
paseé mi indiferencia
por todos los caminos
de la tierra...

LA MUJER VISLUMBRADA

VED que estoy solo y que sufro,
—me decía el caballero,—
en mi alma desesperada
gime un loco amor funesto:

Era brillante la tarde,
y dorando el sol de enero,
por los valles se esparcía
y ascendía por los cerros...

Y la brillazón de luces
y la esmeralda de enebros,
fecundaban fantasías
en mi cálido cerebro.

Reposaba junto a piedras
entre dormido y despierto,
con una flor en el alma
y languidez en el cuerpo...

Mas he aquí: misteriosa,
en la vuelta del sendero
que festonea las faldas
y busca cumbres de cerros,
¿por influjo de qué dioses,
llamada por qué misterios?
canturreando se aparece
la imagen de mi desvelo...

¿Imagen?... ¿Mujer llamarla?...
Como bajada del cielo
se acercaba y se perdía
a mis ojos por momentos...

Era pálida su frente
como nieve del invierno;
en sus ojos fulguraba
el celeste de los cielos...

Brillante luz de la tarde
esfumaba sus cabellos...
¡La misma era que en mis noches
— soledad y desconsuelo —
creara mi desventura
con la fuerza del anhelo!...
¡Desde entonces la buscaba
por la tierra y por el cielo!...

¡Esperanza que alentaba
el vigor de mis ensueños!
¡Era la flor que en mi alma
se entreabría con mi sueño!...

¡Y fué verla y fué seguirla
por mandato del misterio!
Con paso maravilloso
que ondeaba curvas del cuerpo,
se alejaba y sonreía
entre las plantas del cerro,
y con ademán gracioso
ofrecíame sus besos...

¡Hace siglos y más siglos
¡Oh! mi amada que te espero!...

¡Moríanse mis suspiros
 como flores de cerezos
 aguardándote en los valles
 en mis extraños paseos!...
 ¡Tú eres! ¡Tú eres!, le dije,
 ¡la nacida de mis sueños!...

Y con risa cristalina
 que empapábase del viento,
 y con manos deliciosas
 extendidas a mi pecho:
 ¡Sígueme! ¡Sígueme!, dijo,
 al oculto vericuetto
 donde con fibras trenzadas
 tejieron hadas mi lecho...

Y al ascender por el monte,
 quebrada en luz de espejuelo,
 como una nube brillante
 era una nube su cuerpo...

Mis ojos desencajados
 fundirse en luces la vieron,
 y tornóse tan profunda
 la soledad de los cerros,

como si nunca sonidos
 invadieran su silencio...

.....

Hasta aquí me iba narrado
 el tan extraño suceso,
 cuando una niña bonita
 que nos venía al encuentro,
 me desnudó su sonrisa
 llena de luz y de besos...

Sin más oír la leyenda
 abandoné al caballero,
 pues una voz armoniosa
 me susurró su secreto:

¡Síguela!... ¡Síguela!, dijo,
 al oculto vericuetto,
 donde con fibras trenzadas
 tejieron hadas su lecho...

.....

deliciosa brilló en el fondo azul de tus ojos

.....
Fuimos dichosos en la soledad humilde
del hogar. ¿Recuerdas, cómo queríamos que
llegue este niño que tú besas?...

BAJO EL NARANJO

BAJO el naranjo añoso de la huerta, sentados sobre el pasto, reposábamos los dos... ¿Recuerdas, bondadosa compañera mía?... Tú vestías una blusa sencilla y blanca y estaba tu pollera salpicada de flores: en la tarde cálida, parecías respirar frescura... El sol, que se filtraba entre las hojas, ponía medallones dorados sobre tus cabellos. ¡Toda tu hermosa juventud cantaba en tu sonrisa!... ¡Cuánto placer sentíamos al mirarnos!... Tu brazo delicado rodeaba mi cuello y mi boca ávida buscó tu beso...

—Amor mío, estamos en el patio, dijiste dulcemente.

Al buscar mis manos, del corpiño desprendido tu tibio seno desnudo, una mirada

AURORA

NO se le pudo dar un nombre más sugestivo, ni más en armonía con toda ella. Límpido el azul de sus ojos, dorado resplandeciente sus cabellos, son como una luz deliciosa que le alumbrara con suavidad el rostro. Apacible, dulce, fresca, se estaría uno mirándola siempre...

A su infinita tranquilidad, no la alteran jamás ni sonrisas ni seriedad excesivas. Tiene la seguridad atrayente y turbadora de la hermosura. Conmueve y apasiona; dulcificaría al hombre más adusto...

*

* *

Bajo el amparo del hogar paterno, se

prodigan generosamente los amantes besos y caricias... La picardía de las buenas madres, jamás vencerá a las astucias del amor; sobre ello, ya no deberían dudar.

Quizá el instante de la espera, sea el único que consigue turbar a la suavísima y dulce Aurora. Es entonces cuando su serenidad se torna cálida.

Con verdadero gusto os complazco al deciros, que esta criatura adorable no es casta. Su amante es generoso y resuelto; leal como ninguno; por eso, amándolo, no se privó de darle pudorosamente sus besos más sabrosos, y paulatinamente todo su cuerpo... De verdad lo quiere y lo desea para sí. En sus brazos es dichosa, y al recobrase después del último beso cálido y jugoso, ambos se sonríen agradecidos y bondadosos.

Por nada se separarían. Gabriel destrozaría monstruos por evitarle un daño; Aurora se arrancaría gustosa el corazón por no verle sufrir.

Muchas veces se complicaron en temores, y al suponerse ante la evidencia de

un hijo por venir, se estrecharon con ternura. Se contaban con palabras inefables, cuentos amorosos que eran historias de su propio amor. Sonreían juntos a los niños...

*
* *

Para haceros más entretenida esta historia de fructífero cariño, debería narraros cuantos episodios vivieron estos dos buenos amantes. Mas, lo dejo librado a vuestro gusto y a vuestra experiencia. La felicidad y la dicha amorosa, tiene un fondo común, y siempre seremos, según las circunstancias, los más desdichados o los más felices.

Es triste constatar que el amor generoso de Aurora y Gabriel, sufrió la ley inexorable del tiempo.

Ya no se distraía de su labor la apacible Aurora, y hasta había olvidado que muchas veces, en soledad venturosa, sonrió dulcemente al recordar algún mimo de Gabriel. Pasaban días y semanas sin verse.

Caricias y recuerdos los mantenían unidos...

*
* *

Fué una noche tan serena como el alma reposada de un anciano sabio e indiferente. Aurora descubrió que en su vientre había ya germinado una nueva vida, y besó con espontánea ternura a Gabriel.

Nunca Gabriel recibió un beso con tanta inquietud y comprensión... Franco, leal, pensó de manera noble y justa.

...Y se realizó el cuento conyugal que en sus días venturosos fué azul, y nunca dijeron que la dicha fué para ellos una gran resignación.

JOSÉ, EL SUIZO

EN su país natal, rodeado de montañas que el invierno cubría de nieves, fué carpintero.

En su rústica infancia mató pájaros y persiguió liebres. Apacentó cabras de cuya leche se nutría. Los valles se cubrían a menudo de flores; niñas hermosas del lugar las recogían; como era tímido, José no las hablaba y sentía mucho gusto al contemplarlas.

Tras varios siglos de costumbres piadosas, la comarca se hizo respetuosa y mansa como un rebaño. Desconocía mucho el comercio y la vida no pasaba sino como un inocente juego. Por lo cual, supondréis hasta qué punto es imaginada esta historia.

La labor sencilla, elemental, sin más propósitos que el de cubrir necesidades simples, hizo de los hombres gente afable y confiada. Las costumbres, transmitidas con naturalidad, constituían el único derecho, la única ley.

Como el padre, como el abuelo, tomó José el escoplo y la esgubia para tallar madera. Con silenciosa paciencia, daba forma a los troncos; tenía preferencia por la figura de Cristo.

Mozo, su barba y su pelo rubio flotaban al viento agradable de las montañas, en cuyas faldas se cobijaba su choza de troncos; por ella habían pasado cinco generaciones pacientes y silenciosas.

Amaba mucho a su terruño, del cual conocía su apacible historia. Le rodeaban los niños; siempre callado, les prodigaba queso y pan.

Era bueno: jamás pedía nada a sus vecinos por evitarles una suave perturbación.

Meditabundo y abstraído, revestía su rostro una dulce tristeza. El encanto sereno de sus maneras despertaba interés a las

mozas: lo amaban. Como las trataba con bondadosa indiferencia, lo querían mucho más.

Cuando muchedumbres crecidas de inmigrantes, con sus ropas y sus útiles domésticos, partieron para nuestra América en busca de tierras y fortuna, una mañana fresca de primavera amaneció desierta la choza de José. Los caminos ondeantes embellecidos por violentas fragancias, con sus pinos centenarios, sirvieron de descanso al caminante, en cuya frente sombría flotaba la visión inmensa del mar...

*

* *

José, en nuestros campos aró la tierra y sembró semillas. Leía por la noche su antigua Biblia, para venerar el dulce nombre de Jesús.

Tomó mujer y tuvieron hijos.

Muchos años después, en el cementerio humilde del lugar, un pastor protestante resumió su vida: "En Suiza fué carpintero,

aquí fué agricultor, —y cándidamente concluyó— "José era muy bueno y murió de su última enfermedad".

EN EL RÍO

EL río, de aguas verdosas y profundas, se desborda sobre una ribera e inunda el bañado fangoso. Sobre la barranca opuesta sombreada por viejos espinillos, un hombre, con serenidad taciturna mira el sol reflejarse a lo lejos en las aguas, sin oír la corriente turbia que, a sus pies, arrastra camalotes y ramas...

No pesca. En sus manos, como a una cosa cualquiera, aprieta la caña del boquero. La brisa ligera despeina sus cabellos que caen sobre la frente ensombrecida. Bandadas de palomas cruzan el río buscando dormideros en los montes.

Introduce una mano en un bolsillo y ex-

trae un papel. Lee; sus labios se oprimen: "Regreso hoy; tú me perdonarás..."

Se pone de pie, y, como desgarrado por un sentimiento enorme y difuso, camina unos pasos. Con los últimos reflejos del sol moribundo, brilla en su mano crispada la hoja de un puñal. La camisa blanca se mancha de rojo en el pecho donde el arma, hasta el cabo, está hundida...

.....
Por un instante, sobre el agua que arrastra el cuerpo, giró el papel atraído por el remanso, donde una golondrina, veloz, mojó sus alas...

ERNESTA MANZINI

I

ERNESTA, cochina, cochina, debiera echar-te a palos...!

La mujer, escandalizada, amenazaba con las manos en alto, para luego cerrarlas y apoyarlas en las caderas voluminosas.

Sus piernas, entorpecidas por la indignación, tumbaron una silla. Este hecho terminó de excitar a la mujer, que descargó toda la violenta pobreza de su cultura.

En un ángulo de la pieza, con las manos en la cara, una jovenzuela sollozaba compungida.

Su vestido lacio, cubría el cuerpo de vientre enchido como un fruto maduro. La

madre se acercó con la mano abierta com para sacudir una cachetada, mas su ademán, se transformó en reproches. Su pecho cansado, se agitó en llanto y aumentaron los sollozos de la hija desventurada y madre decidida.

* * *

Las voluntariosas fuerzas de la vida provocaron esta escena en una humilde casa de campo, rodeada de cercos y árboles.

Está situada a varias leguas del pueblo donde, no tengo dudas, más de una persona ya habrá comentado sentenciosamente la espera del desenlace con satisfacción por inversa.

El dolor sincero, lo viven la madre, que invoca el nombre respetable de su marido muerto, y Ernesta que se desespera frente a una incomprensible encrucijada. Acepta como inmerecida su fatalidad. Jamás había pensado antes que en la vida suele darse con llantos prolongados, las fugitivas delicias que escasamente nos ofrece. Pero no comprende nada de cuanto le ha ac-

tecido, mas intuye que ni su culpa ni su desdicha son tan enormes. No obstante sufre sin poder evitarlo.

Lo que le ocurría, no estaba previsto en sus simples ensueños de amor; era insospechable, como una granizada caída sobre los campos de trigo.

Sus dos hermanos, jovencitos, la miran con más curiosidad que sospechas, mientras salen de caza con sus redes.

II

Ernesta piensa en Roque. Se encontró con él, una tarde nublada, camino de la aldea, mientras iba a comprar género para un vestido: cumplía dieciocho años, y su madre se lo regalaba haciendo con sus ahorros, maravillas inciertas.

Roque Yeneré era hijo de campesinos que, hacía años ya, no trataban a los Manzini porque unos caballos suyos habían destrozado parte de sus alambrados. Rústicos Montescos y Capuletos, sus familias estaban reñidas.

Roque era feo y osado. De cabellos lacios y amplias orejas, su nariz ostentaba la personalidad singular de un lobanillo de tendencias picarescas...

Ernesta respondió por primera vez a su saludo, y la risa franca de Roque, le hizo sonreír.

Acostumbrada a suponerlo siempre un enemigo, durante todo el camino pensó en él; y no sabía qué le atraía más, si la comprobación de que un hijo de los Yeneré no era poco gentil, o la alegría sana de su rostro lleno de malicia.

Al elegir en la tienda su tela, el nombre de Roque, le bailaba en el corazón.

* * *

Cuando regresó a su casa, encontró a su madre frente al cajón que le servía para amasar la harina: como le agradaba el pan dulce con pasas de uva, el cumpleaños de su hija, le parecía un acontecimiento doblemente feliz. Después de quedar viuda, engrosaba y se ponía golosa...

Se limpió con premura las manos enharinadas en su delantal, para ayudar a Ernesta a desatar los paquetes. Pero Ernesta no tenía prisa. Hubiera querido hablarle de Roque y no podía; antes lo hacía con frecuencia, pero un sentimiento distinto le impedía nombrarlo hoy: en el fondo de su conciencia, sabía que nada diría sin hacer notar que una dulzura extraña y deliciosa la envolvía por completo. En su casa, el nombre de Yeneré sólo debía ser desdeñado o injuriado. A ella ya no le parecían tan tercos, tan egoístas, tan bárbaros como los juzgaba su padre mientras vivía. Notó que en su familia hubo siempre un exceso de empecinamiento. Hay instantes en que los antiguos conflictos no tienen razón de ser y parece imposible que alguna vez hayan existido. Ese instante vivía Ernesta. Comprendía todo lo imposible de sus pensamientos, pero se sentía vencida por una inexplicable satisfacción: nombrar a Roque...

No lo nombró ese día pero, durante la noche, mientras esperaba conciliar el huida-

zo sueño, saboreó complacida la frescura de su imagen.

* * *

Una semana después, Ernesta guardaba por vez primera un secreto a su madre. Doña Francisca, que tal era su nombre, se hubiera sentido irritada ante la comprobación inaudita: su hija, amaba a Roque...

Había reñido a menudo a su marido por sus desaveniencias con sus vecinos, pero al morir aquél, adoptó todos sus rencores y era a su vez intransigente.

Por eso nunca le dijo Ernesta que junto al molino de viento un día muy próximo, le dió a Roque sus manos; ni le dijo jamás que al ir por cualquier motivo, a casa de unos vecinos, en el sendero del bosquecillo de algarrobos, la boca de Roque tuvo estrujada a su boca.

Desde entonces, se afanaba en sus tareas para tener momentos libres. Y ella, que pocas veces lo había pensado, al mirarse en el espejo, se encontraba bella y sonreía.

Le molestaba que sus hermanos la siguieran porque, temerosa de ser descubierta, sentía hacia ellos, un secreto sentimiento de enemistad.

Junto a Roque, solía recordar las palabras de su padre: "Los Yeneré son muy malos vecinos, pero muy trabajadores".

Ella hubiera querido que el fuerte mozo labrara un día el pequeño campo de su madre; y lo esperaba así con certidumbre.

Admitía las evasivas de Roque porque conocía el carácter de doña Francisca, pero confiaba en que un día los vecinos, asombrados y quizá envidiosos, los verían juntos en su propia casa. Era una esperanza ilusoria.

Por lo pronto, sus amores comenzaban a ser conocidos, y extendiéndose los rumores, se aproximaban a su hogar.

III

Septiembre despertaba la tierra de su letargo. Los gajos de las plantas como si hubieran enriquecido sus fibras, reventaban

por los extremos una profusión de yemas. Los campos se cubrían de verdor que los animales hollaban con sus pezuñas pacíficas.

Era la hora de la siesta.

Ernesta conducía un animal al prado que distaba pocas cuadras.

Vestía sencillamente. Las mangas alzadas, dejaban al descubierto sus brazos bronceados por el sol. El cabello, separado en medio del cráneo, le caía, trenzado, hacia el pecho. Sus pensamientos se debatían entre satisfacción, duda y angustia.

Sabía que Roque la esperaba. Hubiera querido llegar hasta donde debían encontrarse, mas, de pronto, se arrepentía de sus promesas precipitadas: su osadía resultaba superior a sus propias fuerzas...

.....

Silbaba una perdiz a lo lejos, cuando Ernesta se abrazó a Roque...

.....

* * *

Habían transcurrido unos meses. Sus encuentros espaciaban y una terrible duda atormentaba a Ernesta: su madre no se mostraba ya indiferente a sus continuas turbaciones y Roque, le huía.

En un festival del pueblo, le vió reír con sus amigas que la miraban y sonreían.

Se desesperaba por disimular, mas, roja de ira, sentía una honda tortura en su corazón. Cuando lo veía desaparecer entre un grupo de personas, un zumbido desconcertante le torturaba los oídos y hasta le impedía ver con precisión. Si hubiera podido obrar con libertad, en una actitud irreflexiva, desesperada, hubiere corrido a buscarlo para impedirle que riera, que mirara y sobre todo, que desearan bailar con él.

Doña Francisca notó su inquietud y no dejó de observarla.

Ernesta sufría horriblemente.

Durante la noche, en su pieza, después de apagar la luz, cuando hubo transcurrido un tiempo que le pareció larguísimo, sin po-

der soportar su congoja, lloró desesperadamente.

Doña Francisco, alarmada, acudió junto a su cama. Cuando Ernesta se vió sorprendida, lejos de evitar el llanto vertió en agudos sollozos su dolor.

Sintió la madre hundirse la tierra a sus pies, un presentimiento terrible le hizo ver destrozado todo su hogar mantenido con tantas penas y sacrificios. No preguntó nada a su hija, porque le parecía sentir sobre sí, el peso de una maldición tremenda. Cuando oyó de labios de Ernesta la confirmación de sus sospechas, vacilaron sus pies. Sus pensamientos desordenados se agrupaban de tal manera en su cerebro, que concluyeron en una aguda crisis de nervios.

Varias horas después, al serenarse un poco, reflexionó. Midió toda la miseria y la humildad de su existencia sin alegrías. Juzgó que la vida era una carga pesada y dolorosa. No podía comprender cómo la desventura se introduce tan fácilmente en el hogar de los pobres, ni cómo su vida vir-

tuosa pudo ser lacerada por tan injusta pena. No halló en su conciencia ni una culpa, y pensó que una humilde mujer, no es codiciosa cuando sólo aspira a ganar su pan y a vivir tranquila.

En el fondo de sus pensamientos, maldijo el día azaroso en que fué concebida...

IV

Mayo, ya por concluir, continúa lluvioso.

Durante el día, las nubes, empujadas por el viento, formaron oscuros signos fabulosos; por la noche, la tormenta arrecia.

Las chispas monstruosas de las intensas descargas eléctricas alumbran el camino que el agua convierte en lodazal.

Los truenos retumban, allá, profundamente en lo infinito del espacio.

De cuando en cuando un rayo violento, como tirano, se impone con su estruendo, para oirse luego, por un instante, tan sólo el recio caer del agua sobre los campos.

Los árboles, en la sombra de la noche, son azotados con furia por el vendaval.

Mientras los truenos cesan, se une al zumbar del viento y al ruido de la lluvia el trotar nervioso de caballos. Una jardinera hace camino, arrastrada por los brutos que salpican agua y barro.

Los estampidos de las descargas que estallan entre las nubes, los encabritan y continúan luego, con mayor brío. De pronto, doblan a la derecha. Un relámpago intenso ilumina descubriendo el sitio.

En el intervalo de su luz, se ve la mole rústica de una casa, la empalizada del cerco y las ramas de los árboles agitados por el viento.

Luego la noche, aparentemente más oscura, cubre la escena de sombra.

Una lucecita débil la hiere.

Son los rayos que irradia un quinqué, y atraviesan la hendidura de una puerta.

El vehículo se detiene junto a ella.

Bajan dos hombres. Uno de ellos la empuja, descubriendo a la noche la claridad de su hueco.

Son el médico y un hermano de Ernesta. Se quitan los capotes empapados.

El muchacho, se dirige con recelo a su pieza.

El médico se frota las manos y saluda a la madre con una palmada afectuosa en la espalda. Del dormitorio inmediato se oyen voces débiles. Cuando entra el facultativo, dos mujeres, vecinas quizá, se pasan una tohalla y cesan de hablar.

Ernesta sufre en su lecho de parturienta.

* * *

Después del agitación de la noche, el día amaneció sereno. El camino enlodado, se pierde en medio de dos extensiones de pastos verdes y húmedos.

En la tierra rica y blanda, asoman nuevos brotes. Los rayos tibios envuelven de luz la casa de campo.

Un jovenzuelo ensilla su caballo junto al palenque, mientras allá, bajo la techumbre de chilcas, otro, que dejó de ordeñar una vaca, apoya al ternero.

En su pieza, Ernesta parece dormir; su cuerpo cansado reposa. Tiene el rostro de-

macrado, los ojos hundidos, las manos frías. Una señora, cuidadosamente, la cubre con una pañoleta, mientras otra ayuda a doña Francisca que envuelve y acaricia a un niño que llora...

Supe el mismo día que, en un negocio del pueblo, Roque, al comentar sonriendo su aventura, fué abofeteado por un hombre.

FRUTOS DISPERSOS

JUNTO a la ribera del río sentado a la sombra de los árboles cuyas ramas envejecidas se mojan en la clara corriente, ensimismado, entristecido, medité un momento.

¡Ah! Podéis creerlo: de todos nuestros sufrimientos, ninguno es tan desolador como el que no podemos precisar.

A la mayor parte de nuestras desdichas, les da vida la imaginación: a ella le corresponde una gran culpa de nuestra intranquilidad.

* * *

Sobre el techo de mi cuarto, estoy oyendo los gritos furiosos y desesperados de

dos gatos que se pelean. Eso, me reconcilia con los humanos.

* * *

Hay seres que no se resignan a vivir en medio de injusticias, y muchos de ellos son rebeldes o suicidas: nunca pasan inadvertidos.

* * *

En muchos casos, deberíamos guardarnos nuestras buenas intenciones y no pretender aliviar la situación de nadie, porque resultamos inoportunos o fastidiosos.

* * *

La filosofía ha perpetuado los nombres de algunos pensadores que, esquivando el polvo del camino, no pudieron evitar que un día los cubran dos metros de tierra.

* * *

Estaba observando cómo pastaban tran-

quilamente los animales: instinto puro. No sé por qué, me sentí desgraciado.

* * *

Analizo, y me apiado por personas que a fuerza de malediscencia pretenden destruir lo que destaca a terceros. Como si hubiera en el mundo alguien digno de envidia.

* * *

Nunca es suficiente la prudencia, y resulta difícil prever todo el alcance de nuestros actos, que, sin duda, forman una cadena infinita que se extiende con los siglos. Las inspiraciones del bien están sujetas a la incertidumbre y no podemos precisar su grado de bondad o de maldad; así, pues, ni siquiera obrando con mesura y cautela estamos libres de culpas.

* * *

El sol, que descendía con majestad olím-

pica en el horizonte, reflejaba sus rayos en el agua con pálidos tintes rojizos.

A lo lejos divisamos una canoa que lentamente se fué acercando, como traída por la corriente.

Sobre ella, un viejo de largos cabellos barbas enmarañadas alistaba aparejos. Todos guardábamos silencio...

Tuve una pequeña sensación de felicidad...

* * *

Me encontraba solo, sentado en un banco de la avenida. Bajo los árboles, la sombra de la noche era aún más profunda y silenciosa.

Por mi mente desfilaban muchos recuerdos.

Se desbordaba mi alma de ellos.

Por la ventana abierta de una casa vecina, llegaba a mí la serenata de Schubert.

Me aferré definitivamente en la certidumbre de que el amor provoca demasiadas tristezas.

* * *

Mi ociosidad, que reconozco excesiva, es causa de disgustos en mi familia.

Mis dignos progenitores, procuran mutuamente librarse de la culpa de la herencia. Ambos afirman que en las ramas de su genealogía, todos han sido laboriosos.

Yo creo que olvidan algún gajito que no se ha quebrado a tiempo.

* * *

Verdaderamente, nuestra existencia, en el mayor de los casos, es un error fatal: cuando queremos corregirlo, lo complicamos del todo.

* * *

Hay ciertos estados de ánimo durante los cuales aceptaríamos gustosos la muerte; si se los analiza, no encontramos más que un gran deseo de vivir.

* * *

Un recluso a perpetuidad, me estuvo contando con entusiasmo las hazañas criminales de su vida; y estoy por creer que hasta las acciones más ruines ocultan la necesidad de un halago, o el deseo de causar admiración.

* * *

Una buena persona me preguntó extrañada: ¿Cómo es posible que no crea en Dios?

Al querer responderle, me di cuenta de que nunca había pensado seriamente en él. Y de ahí que no me sorprenda su inutilidad en mi existencia.

* * *

Amigo mío: no vivimos lo que sentimos y carecemos de fe. Si al renunciar a todo, encontráramos el verdadero camino, bien sea. Pero no podemos substraernos a la duda y tememos inutilizar nuestra vida: no

creemos ni en la necesidad de no hacer nada. ¡Ah, las noches que nos roban estos pensamientos!

Es una lucha bastante dolorosa, y creo que nos continuará venciendo la incertidumbre. Deberíamos conocer mejor nuestro verdadero sino, y entregarle a él nuestra vida, como barro dado al alfarero. Una especie de fatalismo en colaboración.

De cuando en cuando nos sacude algún acontecimiento y resurgimos a nuestra manera antigua de vivir; y la luz nos quema los ojos, la pasión nos enciende el pecho y las cuartillas nos arrebatan. ¡Cómo quisiéramos, entonces creer! ¡Cómo quisiéramos que todo no sea vano!

* * *

No son nuestros pensamientos los que gobiernan la vida. Como quiera que obremos, respondemos a causas que, por lo general, no se tienen en cuenta.

Cantamos o lloramos, para llorar o cantar otra vez. No aprenderemos nunca a

cantar siempre ni a lamentarnos eternamente. Es necesario existir.

¿No es ésto, para un hombre meditativo, una causa de incertidumbre?

* * *

Visité un hospital, resumidero de dolor. Entristece ver tanta gente que quiere escapar a la muerte.

Caras pálidas, ojerosas. Cuerpos débiles, esqueléticos de andar incierto. Enfermos que yacen postrados boca arriba, los ojos cerrados, las manos huesosas, como si la muerte ya los hubiera invadido por completo.

Allí están como separados de la sociedad.

Ideas, sentimientos, ensueños: nada, sólo dolor y el postramiento de cuerpos que luchan por expulsar la muerte... a veces inútilmente.

Olor a remedios; olor a sepulcros.

Afuera, la vida canta y ríe... Rostros tristes y alegres: humanidad que pasa y, afortunadamente, olvida.

* * *

Entré en una taberna. Es que la vida se va...

Oliente a alcohol y a mugre, estaba sentado un hombre afable y generoso.

Como lo viera, al parecer, muy reconcentrado, le pregunté:

—¿En qué piensa?

—En Dios.

Me retiré para respetar la dudosa utilidad de sus pensamientos...

* * *

Sin sospecharlo, he sorprendido una escena que me dejó un resabio de dulzura y tristeza. Una pareja joven, de pie, se miraban al rostro... Lentamente ella, con un gesto plenamente hermoso, elevándose sobre las puntas de los pies, unió su boca llena de amor a la boca de su compañero. Nada de fuerte presión, ni sus manos se tocaban...

He allí, me dije, un himno de ternura, y

continué caminando un tanto agobiado de soledad.

* * *

Inútil es el esfuerzo con que pretendemos escapar a la inevitable fatalidad del olvido.

Los siglos son incommovibles, mudos, fríos.

Ante la perspectiva de un tiempo infinito, ¡qué pobre cosa es una vida! ¡Qué insignificante cosa es la Historia de la Humanidad!...

* * *

La huerta, el jardín y los criaderos de los animales, son sitios donde las fuerzas vivientes de la naturaleza, triunfan maravillando a quienes les dedican esfuerzos y amor. En ellos se recogen con frecuencia, impresiones que sólo ofrecen los actos donde se manifiesta la vida cruda.

Desde ayer he dejado de ver a mi yunta de conejos como a simples animaluchos. Los sorprendí cuando sus cuerpos se unían en un esfuerzo de fecundación, y tengo para ellos una suerte de afectuoso respeto.

* * *

Junto al manzano, un niño acariciaba ingenuamente la melena rubia de una niña hermosa: ya está bajo el sino del futuro sufrimiento.

* * *

En medio de la imbecilidad de nuestra adolescencia, reconozcamos que algo tenemos de admirable: la audacia.

* * *

El amor, a los íntegros, les da fuerza de creación, valentía y audacia; a los débiles los convierte en serviles y sumisos.

* * *

La gran mayoría de nuestras creencias adquirieron cierta autoridad gracias a la costumbre. Si se busca su origen, no es raro que encontremos una natural debilidad humana...

* * *

El hombre es un animal desdichado que osó crear dulzura y belleza sin curar sus debilidades.

* * *

El miedo hace que los seres se aferren a la creencia de una posible inmortalidad.

* * *

Al final de la jornada, cuando nos vemos obligados a repasar nuestras Memorias, nos encontramos con la poquedad que nos dió la naturaleza, y, parcos en sueños, bajamos a la tumba. Gente hay, empero, que cree en el nimbo que rodea su frente; y, absorbidos por un secreto orgullo, imaginan que disfrutarán de una paz más honrosa. Pero, en resumen, la fiesta gusánica vendrá, y como siempre, los hombres futuros olvidarán; si vuelven a sus obras, encontrarán la manera de hacer destacar su propia vanidad.

* * *

Cuando se extinga el último ejemplar de nuestra especie, su voz apagada no tendrá otro fin que nuestros gritos: se quejará débilmente de una muerte prematura, insensible, inexorable.

* * *

Nos indignamos con razón cuando pensamos en los crímenes que comete la sociedad al persistir en sus errores de organización: hombres y mujeres. ¡Cuántos deseos nobles y puros deben cubrirse con hipocresías!...

* * *

La mujer no necesita inteligencia para apoderarse, íntegramente, del corazón de un hombre. Posee un arma más eficaz, más suave, más dulce y terrible: la belleza.

* * *

Si nadie tendría preocupaciones por la

labor de cuantos nos rodean, ni tendríamos necesidades sociales ineludibles, no existirían los inconvenientes que dificultan la dulzura de no hacer nunca nada...

* * *

El hombre no se conforma con lo que es. Afortunadamente no está en sus manos el poder cambiar su naturaleza...

* * *

Sufrimos necesidades muy grandes que no se satisfacen jamás; deseos que tienen su origen en lo proficuo de nuestra imaginación y que más se agigantan cuando más se los quiere satisfacer. Los que los despertaron una vez, sufrirán su osadía: no los aplacarán jamás. Tal la pasión artística. Múltiple como toda pasión, busca satisfacerse en cada acto que realiza el individuo. Es terrible la desolación del que la deja morir sin cristalizarse...

Pasado el tiempo, como en la pasión

amorosa, se buscan sus restos melancólicamente.

* * *

Es ingenuo asombrarse por lo poco firme de nuestras opiniones. Los pensamientos están sujetos a múltiples influencias que les dan su carácter voluble. La naturaleza humana es mezquina en grado sumo y le está vedado el exacto conocimiento de las cosas.

* * *

Es el amor el que nos torna bella la vida. Por él se canta y se llora; por él se llega a más, y si no ¿qué fuera de nuestra facultad maravillosa de imaginar, sin su calor, sin sus deseos, en una palabra, sin su inspiración...?

Cuando pierde con los años, algunas virtudes, en el pecho del hombre no destruye a una hermana más apacible: la esperanza...

* * *

El hombre digno, crea el ambiente que necesita para desarrollarse, o como el brote pujante, busca el sol para conservar su existencia fructificadora; si se deja aplastar, se pudre, se convierte en tierra o lodo.

Quebrada la fuerza que hace andar erguido, de frente, se comienza a reptar. Los caracteres semejantes se buscan; gustan de la proximidad.

Los que se retuercen en la infamia y la calumnia, se acarician; aunque por dentro se desprecien.

* * *

Un pasado de conducta turbia, aunque fuese la de un instante, supone la existencia de una fuerza moral negativa que gravita pesadamente y puede triunfar en el primer conflicto de conciencia. Se huye de la verdad. A quien ha vivido en torrentes de luz no le tiemblan las pupilas si mira de frente al sol.

* * *

La dignidad es una virtud moral cuya potencialidad refleja todo lo noble humano. Es la verdadera aristocracia del espíritu, que en el pensamiento y en la acción fructifica en altas enseñanzas morales tendientes al culto de la justicia.

* * *

Por una natural propiedad del humano espíritu, cada vez que se invoca una virtud, se tiene presente su antítesis: la lacra. De manera que al hablar de amistad, se recuerda a los que por su calidad moral, les está bien vedado profesarla.

A a la amistad, no llegan ni rufianes, ni viles, ni tartufos, ni chismosos, ni traidores, ni los corroídos por la perfidia.

* * *

El rebajamiento, la debilidad, no constituyen garantías para la amistad. Son puer-

tas abiertas a la traición solapada, a la confabulación cobarde.

La amistad exige entereza de hombre y limpieza de extirpe moral. Nada podéis esperar de los que, encerrados en su egoísmo y ridícula vanidad, viven royendo como avarientos su mezquino interés.

De los que vituperan a escondidas y arrojan escombros en camino ajeno para despejar el propio, esperad felonías, nunca honradez ni dignidad.

Son cualquier cosa. Se acomodan en cualquier sitio: en el barro, y se comparan al loto; junto a la sombra, porque el sol descubriría sus miserias, les ardería las llagas... Castigadlos, golpeadlos sin piedad y como perros lamerán vuestras manos, gozándose al mancharos con sus babas!...

* * *

Dijo serenamente el sabio hijo de Antonino: Es el hombre el objeto que nos es más propio, en cuanto es nuestro deber hacerle bien y soportarlo. Pero cuando aparece co-

